

Mensaje dos

Experimentar la impartición divina de la Trinidad Divina al vivir en el romance divino

Lectura bíblica: Ef. 3:14-19; Cnt. 1:2-3; 3:6; 4:7, 15; 6:4; 8:6-7; Ap. 19:7; 21:2

I. La Biblia es un romance, en el sentido más puro y santo, de una pareja universal: Dios en Cristo como Novio y el pueblo redimido de Dios como novia—Jn. 3:29; Mt. 25:6; Ap. 19:7; 21:2; 22:17:

- A. A lo largo de los siglos, Dios ha tenido un romance con el hombre; Él creó al hombre con el propósito de tener un complemento—v. 17.
- B. Dios es un amador, y Él creó al hombre a Su propia imagen como un amador; esto significa que Él creó al hombre para que éste lo amara—Mr. 12:30; Ef. 3:14-19.
- C. Toda la Biblia es un romance divino, y El Cantar de los Cantares es una forma abreviada de este romance—1:2-3; 8:14:
 - 1. La Biblia es un libro romántico, y nuestra relación con el Señor debería llegar a ser cada vez más romántica—Cnt. 4:7.
 - 2. Si no hay un romance entre nosotros y el Señor Jesús, entonces somos cristianos religiosos, no cristianos románticos—1:2-3.
 - 3. En su totalidad, la Biblia consiste en palabras de cortejo divino; en la Biblia vemos que Dios está en busca de nuestro amor—2 Co. 11:2.
- D. Si queremos guardar las palabras de Dios que cortejan, necesitamos tener un amor receptivo y afectuoso por Él; esta clase de amor receptivo y afectuoso se describe en El Cantar de los Cantares, donde encontramos un cuadro del amor entre el Amado y Su amada—1:2-4; 2 Co. 5:14-15; Jn. 14:21, 23:
 - 1. El tema de El Cantar de los Cantares es la historia de amor en un matrimonio excelente, la cual revela la experiencia progresiva de la comunión amorosa que, como individuo, un creyente tiene con Cristo—1:2.
 - 2. El Cantar de los Cantares retrata en forma poética, de una manera vívida y maravillosa, el amor nupcial entre Cristo, el Novio, y aquellos que lo aman, quienes conforman Su novia—2:4; 6:3; 7:11-12; 8:5-6, 14.

II. En El Cantar de los Cantares vemos la relación entre experimentar la impartición divina y vivir en el romance divino:

- A. Si en verdad amamos al Señor, ciertamente tendremos el crecimiento y la transformación en vida—2 Co. 5:14-15; 3:18.
- B. Debido a que la que busca al Señor en El Cantar de los Cantares ama tanto a su amado, ella experimenta la impartición divina, y ocurre un cambio continuo en su crecimiento en vida—1:2-3, 4b, 9, 12, 15; 2:2, 14; 3:6-7; 4:7, 12-15; 6:4, 10, 13a.
- C. Lo que alguien ame, todo su corazón —incluso todo su ser— estará centrado en eso y será ocupado y poseído por eso—1 Ti. 6:10-11; 2 Ti. 3:2-4; 4:8, 10a; Tit. 1:8:
 - 1. “Amar a Dios significa centrar todo nuestro ser —espíritu, alma y cuerpo, junto con nuestro corazón, alma, mente y todas nuestras fuerzas (Mr. 12:30)—totalmente en Él, es decir, dejar que todo nuestro ser sea ocupado por Él y se pierda en Él, de modo que Él llegue a serlo todo para nosotros, y nosotros seamos uno con Él de un modo práctico en nuestra vida diaria” (nota 3 de 1 Co. 2:9).

2. Amar al Señor Jesús equivale a apreciarlo, dirigir nuestro ser hacia Él, abrirnos a Él, disfrutarlo, darle el primer lugar, ser uno con Él, vivirlo y llegar a ser Él—Mt. 26:6-13; 2 Co. 3:16; Mr. 12:30; Col. 1:18; 1 Co. 6:17; Fil. 1:20-21; *Hymns*, #477, estrofa 2.

III. Tirsa y Jerusalén representan el santuario de Dios, la morada de Dios, con la ciudad santa de Dios que lo rodea a fin de ser su protección—Cnt. 6:4a:

- A. Cuando la que ama a Cristo llega a ser uno con Dios para ser la morada de Dios, a los ojos de Dios ella es hermosa como Tirsa y bella como Jerusalén.
- B. Al ella vivir en la ascensión de Cristo en resurrección, la que ama a Cristo llega a ser madura en las riquezas de la vida de Cristo de modo que llega a ser el edificio de Dios, el santuario de Dios y su protección—cfr. Gn. 2:8-12, 18-24; 1 Co. 3:9-12.
- C. La que ama a Cristo vive en el Lugar Santísimo, la cámara interior del santuario celestial, detrás del velo, donde experimenta la ascensión de Cristo mediante la cruz después de haber experimentado Su resurrección—Cnt. 4:8.
- D. Al amar al Señor con el mejor amor, somos incorporados al Dios Triuno para llegar a ser Su morada—Ap. 2:4; Jn. 14:20-21, 23; Ef. 3:17:
 1. Es el amor que está en Dios que le da a Él el anhelo de unirse, mezclarse e incorporarse con nosotros, y es ese mismo amor en nosotros lo que nos da el anhelo de unirnos, mezclarnos e incorporarnos con Él—1 Jn. 4:19, 8, 16.
 2. Al amar al Señor con el mejor amor y al participar en todo aspecto del romance divino, llegamos a ser la Nueva Jerusalén, que es el Lugar Santísimo agrandado—Cnt. 1:2-3; 2:14; 4:8; 6:4; Ap. 21:9-10.
- E. Llegar a ser el santuario de Dios equivale a ser edificados (relacionado con la edificación del Cuerpo de Cristo) en el crecimiento en la vida de Cristo con sus riquezas inescrutables hasta alcanzar la madurez—Ef. 4:12-16:
 1. En el Antiguo Testamento, el edificio de Dios es tipificado por Tirsa y Jerusalén; en el Nuevo Testamento, éste es el Cuerpo orgánico de Cristo—Ef. 4:16.
 2. La edificación del Cuerpo es orgánica y depende de nuestro crecimiento y madurez en vida—v. 15.
 3. Por último, esta edificación del Cuerpo orgánico de Cristo, que es también la esposa de Cristo (5:25-32), llevará la Nueva Jerusalén a su consumación, la ciudad santa como consumación del Lugar Santísimo, la morada mutua de Dios y Sus redimidos por la eternidad—Ap. 21:2-3, 16, 22.

IV. En la madurez de la vida de Cristo, la que ama a Cristo llega a ser la Sulamita, lo cual significa que ella ha llegado a ser la reproducción y duplicación de Cristo para ser Su complemento con miras a su matrimonio—Cnt. 6:13:

- A. La Biblia nos dice repetidas veces que la intención de Dios es hacerse uno con nosotros y hacernos uno con Él: iguales en vida y naturaleza, mas no en la Deidad—Ap. 21:2; 22:17.
- B. Cuando consideramos cómo llegar a la cumbre de la revelación divina —que Dios se hizo hombre para hacer al hombre Dios en vida y naturaleza— no deberíamos confiar en nosotros mismos, sino depender del Señor como amor, poder y misericordia para hacernos vasos de misericordia, honra y gloria—Cnt. 8:5-6.